

Ricardo Revenga

# La pasante

# Nota previa

Se reproduce a continuación el relato ***La pasante***, de **Ricardo Revenga**.

**Ganso y Pulpo** ha realizado su edición a partir del texto publicado en la revista ***La Ilustración Artística*** del día 11 de febrero de 1889 (año VIII, núm. 372).

El texto se corresponde con el identificador editorial **GYP-NB0492**, habiéndose podido actualizar su ortografía y gramática de acuerdo con las reglas vigentes del idioma español. Estos cambios suponen, en el plano ortográfico, la supresión del acento en monosílabos y la actualización de aquel léxico técnico y/o extranjerismos que están actualmente integrados en el idioma. En el plano gramatical ha podido variar el texto en relación a la disposición de signos de puntuación, principalmente en relación al empleo de la raya.

respetuosa tanto con el texto como con el trabajo desempeñado por la editorial).

El presente ePub está libre de DRM y validado técnicamente, como puede comprobarse mediante la aplicación web del **IDPF**.

Todas las posibles modificaciones realizadas hasta la fecha en este libro están declaradas en el **registro de cambios general**, que encontrará en la página web del proyecto.

Sin más, esperamos que disfrute de su lectura. Todas sus apreciaciones, sugerencias y observaciones son bienvenidas en nuestro **formulario de contacto**.

**Ganso y Pulpo**

**Creación:** Huesca, 24 de septiembre de 2021

# La pasante

## I

Doña Isabel era el último retoño de una dinastía de maestros de escuela, célebre en la historia de todos los tiempos. Sus padres don Pablo y doña Teresa fueron maestros de escuela; maestros de escuela fueron sus abuelos, sus bisabuelos maestros de escuela, dómine su tatarabuelo y así remontándose de generación en generación, quizá pudiera llegarse a averiguar, que fueron dos las parejas que Dios formó en el sexto día de la creación, una de Adán y Eva que nacieron con ciencia infusa, y otra Eva y otro Adán que nada sabían y que fueron discípulos de los maestros que abrieron su escuela al pie del árbol de la ciencia del bien, del bien solamente, que donde hay ciencia no puede haber mal.

Quizá para que infundiesen respeto a sus discípulos hizo Dios a la primera pareja de maestros, feos, bastante feos, pero no de una fealdad risible, ni mucho menos repugnante, sino grave, respetuosa, pudiera decirse de una fealdad hermosa, si no fuera por el temor de emplear una paradoja inadmisible o al menos atrevida en demasía. Con el transcurso de los siglos y en virtud de la ley natural de la selección, doña Isabel, si bien conservaba los rasgos de la

fealdad característica en su raza, había adquirido mayor hermosura en su fealdad.

Fea, muy fea era doña Isabel, pero en su rostro había tanta simpatía, tanto ángel, que los niños, no solo no huían de ella sino que la buscaban, acariciaban y besuqueaban, sin duda porque allí veían la verdadera hermosura. El color del rostro de doña Isabel era algo más que moreno, tenía un tinte así, como de cascariquilla de almendra tostada con cierta mezclilla de verde muy subido, su nariz era como un pico de papagayo, su boca grande, de abultados labios y dientes grandes también y amarillos como bolas de billar muy usadas, y con verduras y negruras que bien claramente probaban que ni aun de nombre conocían la existencia de los dentífricos, ni mucho menos la de los cepillos. En su cara había solo una cosa hermosa: los ojos, pero de una hermosura no de dibujo sino de expresión. Eran grandes, sí, pero salientes y teniendo cada uno la forma de medio huevo. Grandes anteojos de cristal muy grueso, a caballo sobre la acaballada nariz, corregían el miopismo de aquellos ojos, que lanzaban a través de los cristales rayos de inteligencia, como el sol lanza en días nebulosos rayos de luz a través de las nubes, que con necio orgullo quieren ocultar su brillantez.

Con tal rostro y un cuerpo flaco y largo sin ninguna de las deliciosas curvas femeninas, parecía doña Isabel un doctor apergaminado y barbilampiño, envuelto constantemente en una falda lisa y negra, que más que traje mujeril parecía la severa toga de un magistrado.

El padre de doña Isabel, don Pablo, era un señor de unos sesenta años, que hacía treinta y ocho que tenía una escuela de párvulos en la calle de Pelayo en Madrid.

Isabel había seguido los estudios de maestra elemental y superior, pero no había pagado los derechos del título, porque vender ciencia produce bastante menos que revender patatas o varas de puntilla.

Doña Teresa hacía poco que había muerto y su viudo y su hija, si no hallaron consuelo para su dolor, ni mucho menos olvido, encontraron cierto lenitivo en sus niños, como ellos los llamaban. Despertando aquellas infantiles inteligencias, enseñándoles los límites de España, refiriéndoles la historia del sacrificio de Abraham y entonando con ellos ciertas canciones de monótono sonsonete, lloraban unas veces recordando a doña Teresa y sonreían otras viendo los progresos que hacía Angelina, discípula predilecta que había sido de aquella buena señora, y que pasó a su muerte a ser el encanto de don Pablo y de doña Isabel, o la pasante, como las niñas la llamaban, pues tal oficio ejerció cuando doña Teresa vivía y no logró ascender a pesar de que a su madre sustituyó.

Don Pablo desempeña un papel importante en nuestra historia y merece por lo tanto que se le describa.

Figúrate, lector, caso que quieras conocerle, a un viejecillo, bajo y rechonchete, con el pelo completamente blanco, la barba muy fuerte pero siempre afeitada, resaltando sobre su cara roja con tonos azules muy subidos, que recordaba la carne de un pavo recién desplumado.

Fuertes y cerdosas cejas sombreaban unos ojillos azules muy claros, alegres y risueños casi siempre, pero severos y capaces de infundir pavor al párvulo más valeroso, cuando su dueño quería. Mal año para el desdichado chicuelo, que por romper un cristal, o desentonar al cantar: *dos por dos, cuatro; dos por tres, seis*; hiciera enarcar las cejas a don Pablo y ahuyentara de sus gruesos labios una sonrisilla, que sentaba en aquella cara, tan a las mil maravillas, como clavel reventón en negro y lustroso pelo de airosa y linda mozuela. Bien podía el infeliz muchacho encomendarse a los santos todos del cielo, pues sabido era, que sin un cachetito en la mejilla y un caramelo o paciencia no se escapaba. Castigo inquisitorial cuya gravedad aumentaba don Pablo diciendo con voz terrible:

—¡Carape, con los chiquitos! Sus barrabasadas acaban con mi paciencia y lo que es peor con mis paciencias. Entre cristales y caramelos consumís la mitad de las tres pesetas que me da el Gobierno para que comience a desasnaros. ¡Carape! ¡Carape! ¡Carape!

Hay que advertir, entre paréntesis, aun cuando no se ponga, que *Carape* era la interjección favorita y única de don Pablo.

Hecha esta importante advertencia y puesto que ya son conocidos los personajes principales de esta historia, corresponde ahora que el que la relata, sacando fuerzas de flaqueza y haciendo esfuerzos de memoria describa el lugar de la acción.

Exprimo para ello el poco zumo de mi sesera, pues hace ya muchos años que conocí a don Pablo y visité su escuela y, después de masticar unos rabitos de pasa, mi memoria cumple como buena y me representa un salón largo como de unos diez metros, por cinco a cinco y medio de ancho, de alto techo y de ventilación y luz sobradas. En uno de los extremos del salón un entarimado como de un metro de alto al cual se subía por tres escalones; sobre el tablado y en el centro, una ancha mesa, y dos más pequeñas colocadas una a cada lado de la mesa magistral, y la llamo así porque ya se habrá comprendido que era la que ocupaba el maestro. Las mesas pequeñas tenían escritas sobre la tabla de enfrente, una la frase: «Inspector de orden»; otra: «Inspector de clase». Aquellos elevados puestos sacábanse todas las semanas a oposición y a concurso. La mesilla de «Inspector de clase» la ocupaba el niño o niña que más aplicación y conocimientos demostraba, y la de «Inspector de orden» el menos revoltoso, y no digo el más formal, porque siempre lo había sido el menos revoltoso. Desde el centro del entarimado y dejando entre sí un espacio como de un metro, partían dos vallas de madera que dividían el salón en partes iguales, o por mejor decir en cuatro partes iguales, pues al llegar al centro, se bifurcaba la valla, hacia cerca de las paredes, formando una cruz. En el departamento, llamémosle así, primero de la derecha, reuníanse los niños de la primera clase, en el de enfrente los de segunda; en el segundo de la derecha los de tercera y en el restante, los… no sé si me atreva a decirlo, los… los… los meones, ¡qué

diablo!, que así los llamaba don Pablo y así he de llamarlos yo, que cuando él les puso tal nombre, mil motivos tendría para ello.

Los mayores, los que ocupaban la clase primera, eran ya todos caballeretes y damiselas de seis años el que menos, que sabían que cero por cero es cero, que las partes del mundo son cinco, que los reinos de la naturaleza son tres, y otra infinidad de cosas, que mucha gente que peina canas ignora. Los de clase segunda y tercera seguían a estos en ciencia, disminuyendo hasta llegar a los meones que sabían hacer lo que su nombre indica, pedir agua, devorar mendrugos de pan, llorar unas veces, reír otras, y estar siempre colgados de las faldas de doña Isabel. Aquel departamento es el que más llamó mi atención la primera vez que visité la escuela. Me pareció aquello un inmenso nido y doña Isabel la clueca que estuviera dando calor a aquellos polluelos. Y así era, que calor maternal les daba primero, y luego calor intelectual.

Angelina, la discípula predilecta que había sido de doña Teresa y que seguía siéndolo de don Pablo y especialmente de doña Isabel, pertenecía a la primera clase y además desempeñaba casi siempre el cargo de Inspectora de clase.

Era Angelina una niña preciosísima, delgadita de cuerpo y esbelta como una ramita de nardos, del color del nardo también, su carilla de ojos inquietos y movedizos como una ardilla, frente ancha y despejada, pelo negro, abundante y rizoso y en toda su cara expresión de agudísima inteligencia y de cierta malicia impropia de su edad.

Todo seducía en Angelina, pero a los ojos de un buen observador no se hubiera escapado que su fisonomía indicaba: inteligencia, gracejo, donaire, malicia, pero ni un solo rasgo que permitiera adivinar sentimientos dulces. La vida de Angelina estaba toda en el cerebro, el corazón latía porque la vida material lo exigía así, mas no porque el sentimiento lo ordenara.

Yo, como todos los que conocieron a la niña Angelina, sentí por ella viva simpatía, mas presencié en cierto día una escena que me la hizo repulsiva.

La escena a que me refiero merece ser relatada por sí, y porque pinta el carácter de los personajes de esta historia.

Entré una mañana en la escuela y apenas puse el pie en el salón, hizo don Pablo sonar un timbre que sobre su mesa había y como movidos por un resorte pusiéronse en pie todos los niños.

Me recibió don Pablo al pie del entarimado, al cual subimos después; me hizo sentar a su lado y volviendo a hacer sonar el timbre, dejáronse caer los niños sobre los banquillos que les servían de asiento, tan a tiempo y con tal igualdad que me parecieron monigotillos a quienes movieran con un cordón.

Quiso el bueno del maestro que sus discípulos dieran ante mí muestras de su profundo saber y comenzó a hacer preguntas a varios, y debo decir en honor de don Pablo que aquellos niños me parecieron unos *Merlinitos*.

Felicité cordialísimamente a don Pablo, quien al oír mi felicitación puso una cara gozosísima y me dijo:

—¡Oh!, aún no conoce V. a la perlita de la casa. Va usted a ver a la octava maravilla. Angelina —añadió dirigiéndose a la Inspectora de clase.

—¡Presente! —respondió la niña con una voz aguda como nota de clarín, al mismo tiempo que se ponía de pie.

Fijáronse en ella las miradas de todos, sonrió la perlita de la escuela con cierto aire de superioridad y dirigiendo a todas partes sus ojos pareció que decía: Fijaos bien en mí; la Inspectora de clase va a abrir su piquito de oro y os permite que escuchéis las lindezas que va a decir.

Al escuchar a Angelina me expliqué en parte su vanidad. En aquel cuerpo de niña se encerraba el alma de un sabio. Angelina no solo aprendía todo cuanto se le enseñaba, sino que adivinaba lo desconocido para ella. Presencié un rasgo de claridad de inteligencia que quiero relatar. Después de haberle preguntado el maestro una infinidad de cosas, la hizo salir al encerado a que practicara una multiplicación. Cuando hubo terminado, queriendo yo ver hasta dónde llegaba el maravilloso talento de aquella niña, le dije:

—Eso está muy bien, niña, has multiplicado 88 por 7 y ha dado 616, multiplica ahora 7 por 88 a ver qué producto resulta.

—Pues el mismo —dijo la niña sin pararse a pensar.

—¿Estás segura?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Hombre —dijo don Pablo—, eso es demasiado; ¿cómo quiere V. que una niña adivine…?

—Sí, señor, si ya lo sé —interrumpió Angelina—, porque lo mismo da 88 veces 7, que 7 veces 88, es decir que el que antes era multiplicando puede ahora tomarse por multiplicador sin que el producto varíe.

Quedé asombrado al oír aquella contestación.

Don Pablo levantose de su sillón, cogió a Angelina en sus brazos y cubriendo de besos su cara decía:

—¡Bravo!, ¡bravo! ¡Si mi Teresa te oyera!… —Y no pudo continuar; las lágrimas ahogaron su voz.

Dirigí mi vista hacia el departamento de los pequeñuelos y vi a la pasante que en silencio lloraba también.

En aquel momento entró en el salón una mujer gritando como una desaforada:

—¿Dónde está ese tunante?, ¡lo voy a matar! Don Pablo, hoy que no venga ese pillo a comer, porque…

—Pero ¿qué le pasa a V., señora? Explíquese.

—¡Ese hijo mío, ese pillo, que me va a matar a disgustos! ¿No sabe V. lo que ha hecho? Me ha robado una peseta del cajón del mostrador. ¡Una peseta! El ladronzuelo. Déjeme V. que lo mate.

—Sosiéguese V., señora, que aquí estoy yo para imponer al niño un severo castigo. A ver, señor Fernández, venga V. acá.

El llamado señor Fernández era un niño como de unos cinco años, colorado como una amapola, gordinfloncillo que parecía un rollito de manteca, de nariz chatilla y de ojos muy grandes, y con cierto aire de bondad tal, que a primera vista se veía que pecó sin malicia. Abandonó su asiento con

tal asombro pintado en su cara, que moviome a compasión y a risa al mismo tiempo.

Apenas hubo llegado el pobre niño junto a don Pablo, este con voz que se esforzó por hacer terrorífica dijo:

—Señor Fernández, siéntese V. ahí —y señaló el primer escalón del entarimado—; que va V. a ser juzgado.

Al oír aquellas voces el infeliz niño comenzó a hacer pucheros, hasta que por fin rompió a llorar de un modo estrepitoso.

La pasante entonces acercose a él y, enjugando sus lagrimones, le dio un beso, diciéndole:

—Vamos, hijo, tranquilízate que no será nada. —Y en voz baja añadió—: Calla, tonto, que si te dejan sin comer, yo te daré de todo y hasta dulces.

Como por ensalmo se calmó el niño y comenzó el juicio.

—Vamos a ver, tú, Angelina, siéntate en mi sillón. Enrique Pérez y Sebastián Alau, sentaos uno a cada lado de Angelina, vosotros decidiréis en última instancia. El juicio va a empezar. Diga V., señor Fernández, ¿es cierto que ha tomado V. una peseta del cajón de su madre?

El niño guardó silencio.

—Di la verdad —le aconsejó la pasante.

—Sí, señor —contestó entonces el niño, con cierta entereza, como sintiéndose protegido por doña Isabel.

—¿Y qué has hecho de ella?

—Pues la he gastado en castañas —dijo el niño.

—¿Y te has comido una peseta de castañas? Pues ya estás castigado, porque de torozón no te libras.

—No, señor, yo no me he comido más que cinco, las otras se las he dado a los chicos.

—¡Ah!, ¡con que tienes cómplices! ¿A qué chicos se las has dado?

—A todos los que me han pedido.

—Vamos, esa generosidad te disculpa en parte, pero no creas, bribonazo, que te libra de pena. A ver vosotros, pueblo soberano —dijo don Pablo dirigiéndose a todos sus discípulos—, ¿creéis que el señor Fernández ha hecho bien, cogiendo a su madre una peseta?

—No, no —contestaron todos los chicos armando una gritería infernal.

—Entonces ¿creéis que se le debe imponer un castigo?

—Sí, sí.

—Ya lo oyes, el pueblo soberano te condena después de haberse comido tus castañas. Ahora vosotros, señores jueces, imponed la pena; ¿qué dices tú? —preguntó al niño que estaba a la derecha de Angelina.

—Yo; que le dejen sin comer.

—¿Y tú? —preguntó el maestro al de la izquierda.

—Que le den una buena tunda.

—Mucha severidad mostráis, bandidos. Y tú, Angelina, tú que eres el presidente, ¿qué opinas? Medita, que tu decisión es la irrevocable.

—Yo —dijo Angelina con cierto tono seco—, para que no vuelva a hacerlo, opino que le dejen sin comer y que le den una buena tunda.

Al oír esto don Pablo, puso cara de vinagre, y dirigió a Angelina una severa mirada.

—Está bien —dijo—; veremos el pueblo soberano lo que dice. Pueblo soberano —gritó el bueno del maestro—, ¿estáis conformes con la sentencia dada por Angelina?

—Sí, sí —gritaron a una voz todos los chicuelos.

—¡Ah, pillos!, ¿de manera que sabéis comeros las castañas y no sabéis perdonar al que os las dio? Pues todos sufriréis castigo. Hoy, en vez de concluirse la clase a las doce se concluirá a la una; y yo como Tribunal supremo, caso la sentencia de Angelina y condeno únicamente al reo a que se quede sin comer, con lo cual le hago un favor, porque ¿verdad, tunante, que ya habrán sido más de cinco las castañas que te has comido?

—No, señor, cinco nada más.

—Está bien; se levanta la sesión.

Transcurrió una media hora y don Pablo dijo:

—¿No hay ninguno de vosotros que pida misericordia por el reo? —Y al decir esto dirigió sus ojos hacia Angelina.

Esta se encontró con la mirada del maestro y volvió a otro lado la cara haciendo cierto mohín de desprecio.

Un niño pequeñín, inspirado sin duda por doña Isabel, se dirigió hacia la plataforma, andando con cierta inseguridad y balanceo que le daba una semejanza con un palito. Cogió la mano de don Pablo, y con esa encantadora media lengua de los niños, dijo:

—*Senó maesto, peldone usté al nene*.

—Pregúntale si lo volverá a hacer.

Fuese el niño hacia el reo y le dijo:

—¿*Veldad* que no lo *halás* más?

—No —dijo el reo, echándose a llorar.

—Pues no *lores* y dame un beso.

Diéronse un beso los niños, y don Pablo, bajando de la plataforma, abrazó a los dos niños y con voz ahogada dijo:

—Ya estás perdonado. Tú, hijo mío —dijo levantando al mediador en sus brazos—, quizá no tengas el talento de Angelina, pero tienes corazón, que vale más.

Concluida la clase don Pablo reprendió severamente a Angelina por su crueldad para con el reo. Cuando la filípica concluyó, Angelina, que la había oído con cierto desdén indiferente, contestó:

—Yo creo que el que la hace debe pagarla.

—Quiera el cielo —replicó don Pablo— que alguna vez no te acuerdes de esta frase.

## II

Transcurrieron algunos años.

Por una casualidad que no hace al caso referir, supe que a los pocos meses de la escena referida antes, los padres de Angelina murieron dejándola en el mundo huérfana y pobre. Don Pablo recogió a la pobre huerfanita.

Una tarde en que el viejecillo salió de paseo con su nietecilla, como él llamaba a Angelina, al ir esta a atravesar de una acera a otra de la Puerta del Sol, un coche se dirigía hacia ella. Don Pablo dio un grito, echó a correr como si

tuviera veinte años para salvar a Angelina de ser atropellada por el coche y el atropellado fue él. Una rueda le pasó por encima de la pierna derecha. Fue llevado a la casa de socorro, y después a su casa, y aunque por el pronto sanó, pasados dos años, se fue al cielo a enseñar a los angelitos que *p a n* hacen pan. Doña Isabel siguió cuidando de Angelina, llegó esta a mujer y se encontró a los veinte años con un título de institutriz y con una belleza soberbia.

Doña Isabel era ya muy viejecita. Muchas veces hablando consigo misma se decía: —El bien halla siempre su recompensa. Angelina cuando yo sea más vieja me sustituirá en el colegio.

Un día oyó de boca de Angelina lo siguiente:

—Doña Isabel; yo siento mucho tener que dejar a usted, pero me ofrecen en casa de los marqueses de F. una plaza de institutriz y… si… V.…

—Yo, hija mía —dijo la pasante—, no quiero más que felicidad.

Más años pasaron.

Angelina salió de casa de los marqueses de F. siendo la querida oficial del marqués.

Bajó el primer escalón, y luego otro y otro después.

A los diez años de haber salido de casa de doña Isabel, volvió a presentarse allí pobre, con los ojos hundidos y

cansados por el vicio, vieja antes de tiempo y miserable de cuerpo y alma.

Doña Isabel la recogió con amor.

Al poco tiempo murió Angelina.

La noche de su muerte recordó a la pasante la escena del niño que robó las castañas y dijo:

—¡Ay!, si yo me hubiera contentado con ser pasante como V., pero no quise y el que la hace debe pagarla.


Ricardo Revenga
La pasante